

JUAN Y JUANITA

6.—

SIMBAD

N.º 247



25 MYO 1954



AÑO V — 26-V-1954 — N.º 247

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
 Suscripción anual: \$ 300.—
 Semestral: \$ 150.—
 Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
 Extranjero:
 Anual: U.S.\$ 2,10
 Semestral: U.S.\$ 1,05
 Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
 Semestral: U.S.\$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXI.— Felipe de Orleans y el jorobado.

Un hombrecillo vestido de negro desembocó en la calle Saint-Honoré en el mismo instante en que llegaba el banquero Law al baile en el palacio real. La multitud se burló de su joroba. El enano ignoró estas burlas. Al llegar a la calle Valois llamó a una puerta que conducía a las habitaciones privadas del regente, Felipe de Orleans. Le abrieron en seguida y, desde el interior, una gruesa voz gritó:

—¡Ah!, ¿eres tú, Riquete del Copete? Sube aprisa, te esperan.

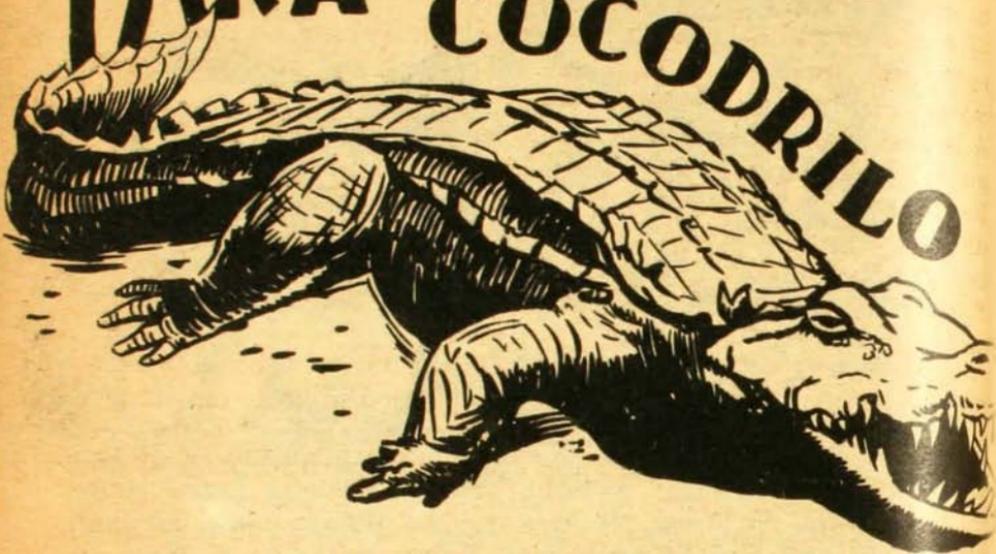
* * *

Con prvanza en la corte, poderoso y rico y no teniendo en contra suya más que a un pobre proscrito, el triunfo de Gonzaga parecía asegurado.

Sin embargo, Enrique de Lagardere, cuya venganza habría de ser terrible, inexorable, iba a enfrentar al asesino de Nevers.

En el jardín refulgente de luces agitábase la multitud de invitados. Había mesas de juego y estrados de músicos. El tintinear del oro y el vocerío de los jugadores se mezclaba a las lánguidas melodías. Por las avenidas paseaban los dominós con antifaz. Los

FARA Y EL VIEJO COCODRILO



Esta historia sucedió en Madagascar.

Erase una vez dos hermanas, Rapela y Fara, a quienes agradaba jugar a la orilla del río. Su madre no les daba permiso para ir a la ribera, pues muchos cocodrilos rondaban por aquellos parajes. Un día, tanto le suplicaron Rapela y Fara, que no supo la buena madre negarles el permiso y, accediendo a sus ruegos, les dijo:

—Idos, pero guardaos de burlaros de Ikakini. El viejo cocodrilo —añadió la madre— tiene muy mal talante y el peor de los genios; si os mofáis de él, os devorará.

Las dos hermanitas prometieron obedecer, y se marcharon alegres para jugar con las piedras del río.

Muy pronto, Ikakini asomó entre los cañaverales para distraer su ocio con el juego de las niñas; viéronle éstas y como, en verdad, el viejo cocodrilo era enormemente feo, Fara, que había olvidado los consejos de su madre, exclamó:

—¡Oh, oh, qué viejo está padre Cocodrilo! ¡Y qué cabeza tan hundida! ¡Y qué ojos tan hinchados! ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas! ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Ikakini, enfurecido, trepó hasta la orilla para alcanzarlas, pero ellas cortieron, ligeras como la brisa, llegando salvas al hogar.

—Bien, hijitas, bien —preguntó la madre—; fuisteis prudentes y cautas, ¿no es cierto?

—¡Oh mamá! —contestó Rapela—. ¡El viejo Cocodrilo intentó llevar a Fara!

—¡Ah! —exclamó la madre, moviendo la cabeza—. ¡Seguramente Fara se burló de él! Hay que saber moderar la lengua, hijitas mías.

A la mañana siguiente, las hermanas retornaron al río y nuevamente emprendieron sus juegos con las piedrecillas de la orilla. Rapela se divertía mucho, pero Fara, intranquila con el recuerdo de las burlas del día anterior, contemplaba a Ikakini que, ojos cerrados, permanecía tumbado a lo largo de un tronco de árbol. Era horriblemente feo, y Fara, sin poder contenerse, dijo de nuevo entre dientes:

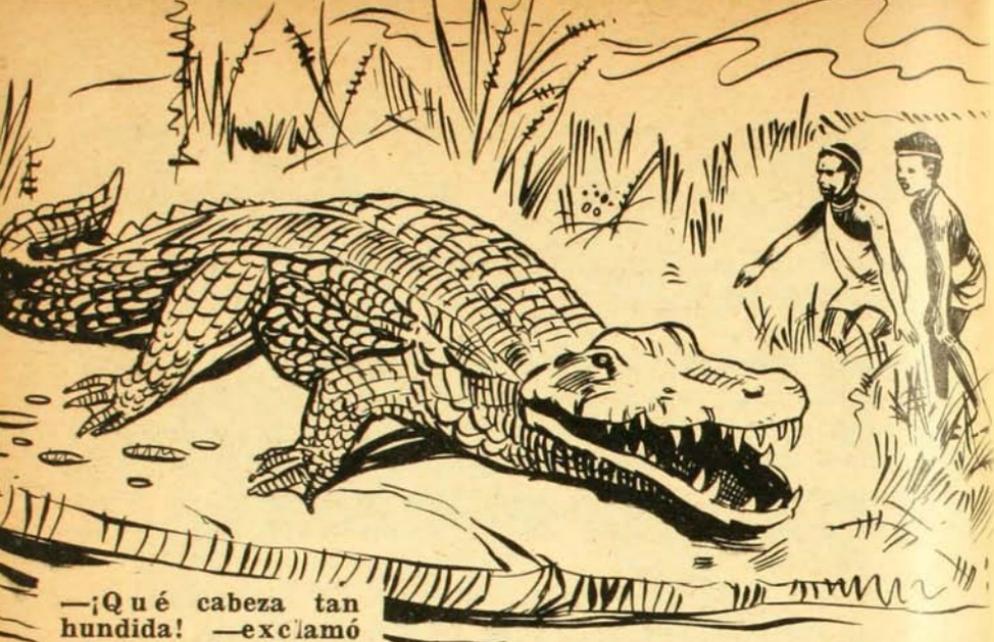
—¡Oh, oh, qué viejo está, padre Cocodrilo! ¡Y qué cabeza tan hundida! ¡Y qué ojos tan hinchados! ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas! ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Mas esta vez fué la vencida, ya que el Cocodrilo echóle el diente, engulléndosela.

En vano la desventurada Rapela imploró al monstruo para que le

La madre sabía que en el río había muchos cocodrilos.





—¡Qué cabeza tan hundida! —exclamó la pequeña Fara.

devolviera su hermana; aquel se había sumergido ya en la corriente, dejándola triste y sin consuelo.

Los padres de Fara corrieron a la orilla y, llegados al lugar, la madre imploró al viejo Cocodrilo:

—¡Oh Ikakini, devuélvenos a Fara! ¡En verdad, ella fué muy mala, pero es tanta nuestra angustia que bien podrías devolvérnosla!

A lo que Ikakini respondió, imitando la voz de Fara:

—Sí, sí, buena señora.

—Acudid en busca de vuestra Fara.

—Pero Fara tiene la lengua muy larga.

—Buscad a Fara.—¡Y qué cabeza tan hundida!

—Buscad a Fara.—¡Y qué ojos tan hinchados!

—Buscad a Fara.—¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

—Buscad a Fara.—¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

—Así hablaba la niña, ¿no es cierto?

La pobre madre quedó abatida ante tal réplica y, dirigiéndose a su marido, le dijo:

—¡Háblale tú al Cocodrilo, a ver si le convences!

Entonces el padre de Fara gritó:

—¡Oh Ikakini, devuélveme a Fara! ¡En verdad, ella fué muy mala, pero es tanta nuestra desdicha que bien podrías compadecerte y devolvérnosla!

Las Ikakini le respondió:

—Sí, sí, mi viejo.

Acudid en busca de vuestra Fara.

Pero Fara tiene la lengua muy larga.

Buscad a Fara.—¡Y qué cabeza tan hundida!

Buscad a Fara.—¡Y qué ojos tan hinchados!

Buscad a Fara.—¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

Buscad a Fara.—¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Así hablaba la niña, ¿no es cierto?

Los desventurados padres estaban descorazonados, cuando la madre propuso:

—¿Y si le ofreciéramos algo a cambio de Fara?

Ofrezcámosle un buey —dijo el padre.

La madre voceó:

—Un buey te daremos por Fara.

Ikakini se dirigió a su prisionera y le dijo:

—Contesta a tu madre, que estoy muy cansado.

Fara gritó:

—¡Madre, mi buena madre, Ikakini no quiere aceptar!

Entonces el padre, mejorando la oferta, exclamó:

—¡Diez bueyes te daremos por Fara!

Fara, nuevamente, gritó:

—¡Padre, querido padre, no quiere aceptar!

Rapela contempló a sus pa-

res y ofreció:

—¡Oh Ikakini, veinte bueyes

te daremos, si me devuelves

tu hermana!

Fara también esta vez con-

testó:

—¡Rapela, mi dulce herma-

na, Ikakini no quiere, no!

Entonces la madre, desesper-

ada, clamó fuertemente:

—¡Oh Ikakini, cien bueyes

te daremos por nuestra Fara!

El viejo Cocodrilo, que era

muy glotón, pensó que cien

bueyes bien valían el rescate

de una niña, y murmuró:

—¡Devuélveme a mi
hija! —suplicó el pa-
dre.



—Bien, bien; me place la oferta; preparad los cien bueyes.
Y Fara, llena de alegría, desde el vientre del Cocodrilo, contestó:
—¡Madre, oh madre, Ikakini aceptó ya!

Rapela y sus padres corrieron a la villa con harta turbación, porque ellos tan solo poseían veinte bueyes. Fueron al encuentro de parientes y amigos, y éstos, para que se realizara el rescate de Fara, prestaron cuantos bueyes hubieron menester para completar la oferta.

Los aldeanos reunieron los cien bueyes y se dirigieron hacia la ribera.

Así que el viejo Cocodrilo divisó al rebaño soltó a Fara para aproximarse a la orilla, pero los labriegos habían colocado a la cabeza del rebaño al toro más poderoso y feroz; éste se lanzó sobre Ikakini, y con sus enormes cuernos le atacó. Ante ese ejemplo, los demás bueyes lo embistieron hasta darle muerte.

Así el viejo Cocodrilo halló un muy desgraciado fin, quedándose sin un solo buey por haber apetecido muchos.

Cuando Fara se vió nuevamente bajo el techo del hogar, hizo propósito firme de no hablar más de la cuenta en lo futuro y de medir las palabras en el resto de sus días.

Y la fama de su discreción se extendió hasta los confines más lejanos. De todos los rincones del mundo acudieron pretendientes a la mano de la joven africana, pero ella no los aceptaba.

—¿A quién esperas? —le preguntaba su padre, intrigado.

Ella no respondía.

Una tarde llegó a la aldea una comitiva distinta a las anteriores. No traía joyas, ni sedas, ni marfil, ni especias, sino una larga caravana de bueyes. El príncipe, a quien pertenecía aquella escolta, venía a solicitar a Fara que se desposara con él, pero antes quería recompensar regalando cien bueyes a todos los aldeanos que habían prestado sus reses para el rescate de la doncella.

Y Fara, la discreta, aceptó a Raal, el generoso, y formaron una pareja que tuvo muchos hijos, todos discretos y generosos.

Cuentan las leyendas que ninguna hija de Fara quedó sin hallar buen esposo, y ningún hijo de Raal fué jamás pobre ni avaro.

